

< EL FIGARO >

¿Qué opina V. de las lidias de gallos?

Nos hemos dirigido con esta pregunta de palpitante actualidad, á distinguidas personalidades en la política y las letras, las cuales se han servido enviarnos, amablemente, las contestaciones con que EL FIGARO honra y decora las presentes páginas.

Quando me encuentro con un hombre, que lleva un gallo en la mano acariciándolo, me recuerda los pasados días de la Colonia con su Valentín Ejecutor.

Creo que nos distanciamos de la moderna cultura cuando nos deleitamos con escenas de sangre.

M. GOMEZ.

Deben relegarse al olvido como todo lo que significa un retroceso. Sólo deben permitirse al pueblo aquellas diversiones que eleven su espíritu y nó las que en él despierten el sentimiento innoble de la codicia ó el peligroso de la crueldad. Pueblo codicioso y cruel puede llegar á convertirse en ladrón y en asesino.

MERCEDES MATAMOROS.

Fuí miembro de la "Sociedad Protectora de Animales y Plantas" y en la actualidad lo soy de la "Humanitaria Cubana protectora de los niños y contra la crueldad con los animales", y desde este punto de vista condeno un entretenimiento para el cual se necesita que se despedacen dos animales.

Acerca del otro aspecto de la cuestión debatida: el juego y sus consecuencias, entiendo (y no he jugado nunca) que aquél debe ser reglamentado.

DR. J. SANTOS FERNÁNDEZ.

Considero que las lidias de gallos ofrecen un espectáculo repugnante y cruel, que pugna con los sentimientos humanitarios del hombre y que el restablecimiento de semejante espectáculo redundaría en menoscabo de la dignidad y la cultura del pueblo de Cuba.

RICARDO FARRÉS.
Vice-Presidente de la "Sociedad Humanitaria Cubana".

Me pregunta V. qué opino de las lidias de gallos. Pues opino muy mal. Y lo único que me interesa, en cuanto á la información por V. abierta, es conocer los nombres de los que opinen que debe restablecerse. Me parece que siempre será útil el conservar la lista.

Suyo aftmo.:

J. A. GONZÁLEZ LANUZA.

Me pregunta V. qué opino de las lidias de gallos. Se lo diré: opino que serían, como fueron, muy productivas para los criadores, para los empresarios y para los tenderos de los pueblos en que se levantan vallas ó círcos de pelea. Esos son los que califican de *nacional* el juego de gallos.

Opino que la afición, ya casi desvanecida, á ese sangriento y cruel espectáculo, se fomentará concediendo autorización y facilidades para celebrarlo.

Entiendo que serán muchas las familias campesinas que verán aumentada la estrechez de sus hogares á consecuencia del revuelo del *giro* ó del espolazo del *indio*, si se restableciera esa diversión.

Creo que las personas verdaderamente cultas no asistirían á las funciones de gallos; y por último,—pues no dispongo más que de una cuartilla—estoy persuadido de que las tales lidias no producirían ningún provecho y sí gran daño á nuestras costumbres públicas.

JOSÉ M^a GALVEZ.



Las lidias de gallos han sido un feo vicio, de efectos desastrosos para los cubanos.

Fué una verdadera conquista haberlas desterrado. Restablecerlas sería un salto atrás.

F. MENDEZ CAPOTE.

Pisos de tabla empiezan á dar á las viviendas de nuestros campesinos algún confort; arados modernos le abren rápidamente el camino de la prosperidad.

¿Quién duda que este progreso se debe á la ausencia del gallo que absorbía no ya lo superfluo sino hasta lo más necesario para su vida?

G. GARCIA VIETA.

Después de estar derogada esa calamidad pública, yo espero que la República no vuelva por la picada.

E. HERNÁNDEZ MIYARES.

¿Qué pienso de las lidias de gallos? Lo diré en pocas palabras, para no salirme del límite fijado. Hizo muy bien el Gobierno Interventor suprimiéndolas; y haría muy mal el Gobierno de la República si las autorizara de nuevo.

En mí sentir son crueles y viciosas; y por ambas causas, impropias de una sociedad culta y progresista. La lucha por la existencia, para el ser superior de la creación, no puede encontrar ejemplos ni estímulos adecuados en la pelea de dos irracionales brutos; y la utilidad que la victoria de uno de los adalides proporciona por medio de las apuestas, aleja del trabajo inteligente, asiduo y ordenado, que es la única manera digna que tiene el hombre de perfeccionar las condiciones de la vida.

Las lidias de gallos significan, á mi juicio, una costumbre deplorable, un atraso, una desmoralización, un verdadero salto atrás, hacia la colonia con sus contribuciones sobre los artículos de primera necesidad, sobre el consumo de carnes, con su lotería y sus toros.

Y todo eso amenaza volver á pretexto de que es *muy cubano* el jugar gallos, y quién es capaz de resistir, en estos tiempos, un argumento tan criollo y tan..... electoral?

DR. FLORENCIO VILLUENDAS.

Lidiar por la libertad
y lidiar gallos después,
es dar adelante un paso
y luego hacia atrás dar cien.

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.

Las lidias de gallos me recuerdan al general Concha, el verdugo de Pintó, de Narciso López y de otros patriotas beneméritos. Concha prefería un *malatobo* peleador á un hombre piadoso y útil, si éste era cubano. ¡Conque figúrese V. lo que yo opinaré sobre el espectáculo de las gallerías después de saber que aquel funesto gobernante se deleitaba con los espolazos de los *jabaos* y de los *pintos*, mientras él clavaba su espolón de militarote feroz en las mismas entrañas del país, entonces manso y guarachero!!

JOSÉ MIRÓ.

Yo soy partidario atroz
de esas lidias (no lo callo)
cuando se acompaña el gallo
del correspondiente arroz.

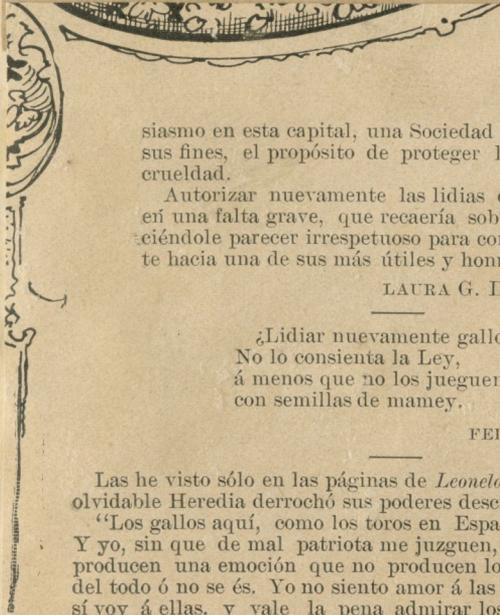
LUIS CARBÓ.

No he oído más que dos argumentos á favor de las lidias de gallos: 1º, que es una costumbre nacional, y 2º, que es la única diversión de nuestros campesinos. Ninguno de estos argumentos me parece una razón convincente; pues costumbres nacionales ha habido que han merecido la ira y rayos de un Dios justiciero y la condenación inapelable de la historia; y si es verdad que la pelea de gallos es la única diversión de nuestra gente de campo, tiempo es ya de que busquen otro pasatiempo más higiénico y moral para ellos, y menos cruel para los pobres animalitos.

Esta es mi opinión particular, no pretendo, de ninguna manera, imponerle mi criterio al pueblo ni dictarle su línea de conducta á nuestros gobernantes.

LINCOLN DE ZAYAS.

La agitación en favor de las lidias de gallos es ficticia. No nace en las entrañas de las costumbres populares, ni despierta alegría en los espectadores; es cruel la lidia y triste el vocerío y las imprecaciones que animan las apuestas. El coso, ó *valla*, es una escuela de malos hábitos; y creo que el pueblo no ama la lidia, que no es ésta, felizmente, ni debe ser un espectáculo nacional y que sólo un grupo de jugadores especiales la fomentan. Se ataca el vicio, desterrando las lidias, en uno de sus aspectos principales; y es deber de todos los gobiernos, sobre todo en las nuevas sociedades, dar ejemplos de moralidad á la Nación. Este, como todos los juegos, degrada tanto al pueblo como la embriaguez, y es obra de patriotismo sano, prudente y previsor oponerse á toda plaga social.



La lidia de gallos no tiene razón de ser desde que se ha constituido con tanto entu-

siasmo en esta capital, una Sociedad que lleva como uno de sus fines, el propósito de proteger los animales contra la crueldad.

Autorizar nuevamente las lidias de gallos sería incurrir en una falta grave, que recaería sobre nuestro pueblo, haciéndole parecer irrespetuoso para con sus leyes, é indiferente hacia una de sus más útiles y honrosas Instituciones.

LAURA G. DE ZAYAS BAZÁN.

¿Lidiar nuevamente gallos?
No lo consienta la Ley,
á menos que no los jueguen
con semillas de mamey.

FEDERICO UHRBACH.

Las he visto sólo en las páginas de *Leonela*, en donde nuestro olvidable Heredia derrochó sus poderes descriptivos.

“Los gallos aquí, como los toros en España!”—dicen las gentes. Y yo, sin que de mal patriota me juzguen, declaro que los toros producen una emoción que no producen los gallos: se es bárbaro del todo ó no se és. Yo no siento amor á las corridas de toros; pero sí voy á ellas, y vale la pena admirar los cuadros de arte que ofrecen al espectador. En cambio, las lidias de gallos son un nudo de plumas que se deshace: ¡y para mí las plumas son cosa de mayor respeto! No acepto, pues, que los gallos sean para nosotros lo que para los españoles los toros.

Los puntos de vista morales los dejo á otros que se cuidan más de eso que ha sido la moral fuente de inspiración, la moral es relativamente ridícula.

M. MÁRQUEZ STERLING.

El gallo es un don Juan; ha de batirse,
y si encuentra un Centellas que le mate,
aún después de difunto debe erguirse,
buscar á doña Inés, que es su acicate,
conducirla á la gloria, y luego abrirse
tumba en campo de arroz y de tomate.
Así muera sumiso y altanero
quien fué esclavo y señor del gallinero!

Que si ha de pelear? Pues, quién lo duda?
Cuando el hombre, cobarde, se afemina
y en la prudencia su temor escuda
prefiriendo á ser hombre ser gallina,
altivo el gallo, con franqueza ruda
cantando dice al mundo: ¡Traga quina!!
Y si alguien le contesta al rudo reto,
le rompe el alma sin ningún respeto!

Si hinca el pico al morir en la batalla,
da lecciones de honor á la canalla.....
Por sólo esta razón yazga el cuitado
en sudario de arroz amortajado!

Quiere usted opinión más peregrina?
Pues pídaseia usted á una gallina!

ATANASIO RIVERO.



4

75

Querer resucitar dentro de los moldes de nuestra vida nueva, las lidias de gallos, que una civilización moderna suprimió, es como querer perpetuar entre nosotros la sombra enorme de bochornoso pasado!

J. M. CARBONELL.

—

Hombre ó gallo, sólo entiendo
Que el macho lidie feroz,
Cuando es el amor de una hembra
El premio del vencedor.

FABIO FIALLO.

—

No creo que sea posible aducir argumento alguno en favor de las lidias de gallos, tan crueles como inútiles y tan desprovistas de toda finalidad artística y de toda tendencia educadora.

En las corridas de toros admírase, al menos, la superioridad del hombre sobre la fiera. En las riñas de gallos no hay más que explotación, con fines de lucro, del notable instinto de aquellas aves, que por su valor y arrogancia, por su belleza y utilidad, merecen la protección que hoy se extiende, no sólo á los animales, sino también á las mismas plañitas.

MIGUEL ESPINOSA.

—

Para dar contestación
escribo, amigo Pichardo,
carta al *gallo de Morón*:
y también respuesta aguardo
del *gallo de la Pasión*.

A. LUZON.

—

¡Los gallos!..... Sólo son buenos para la propagación de los pollos, como complemento, éstos, del famoso arroz de que tanto se usa y se abusa allá por la Chorrera.

LEOPOLDO BERRIEL.

Me gustan los toros y los gallos y si hubiera hoy día combates de gladiadores, autos de fe y hasta martirios neronianos como funciones públicas, acudiría á ellas, sin duda ninguna, y acaso me poseyera de la misma afición que electrizaba al pueblo romano viendo á las fieras destrozar en vida los cuerpos de las vírgenes cristianas á que hoy rendimos culto en los altares.

Rebájeme ó no esta confesión de mi parte en el concepto de los hombres sinceros, convengamos en que todos somos partícipes de cierta íntima ferocidad que la educación de los sentimientos y aun la mejor de las índoles congénitas, amengua pero no extingue. Ferocidad reflejada sinistramente en la profusa concurrencia que atraen las fiestas de sangre así en los países cultos como en los más torpes é incivilizados.

Si la autoridad y el gobierno han de servir de algo en el mejoramiento moral de la especie humana, ha de ser reprimiendo en cuanto quepa estas tendencias de depravación instintiva. Podrá tal vez una supresión violenta ocasionar protestas airadas y graves tumultos, y el temor de provocarlos aconsejar una tolerancia con lo existente; mas cuando, como aquí, se ha conseguido acabar sin desorden alguno con esos torneos bestiales, sería debilidad imperdonable erigir de nuevo las cruentas lidias en espectáculo lícito.

RUY DIAZ.

—

Yo no contesto; me callo
y muy bien hago en callar,
pues quien debe contestar
á la pregunta es el gallo.

CONDE KOSTIA.

—

Amigo Conde: á mi ver
no es el gallo el competente.
Cuando muere un combatiente
¿quién sufre al fin? La mujer.

Si el punto, pues, se examina,
y ha de dictarse algún fallo,
que no se pregunte al gallo
no señor, á la gallina.

EDUARDO AULES.

—

Creo que las leyes no modifican las costumbres de los pueblos, sino que, al contrario, las costumbres influyen sobre las leyes.

Así y todo, soy enemigo irreductible de las lidias de gallos.

JUAN RAMÓN XIQUES.

5

Quiere usted publicar "lo que opino de las lidias de gallos" y me advierte que he de ponerlo *en una cuartilla*.

Bien cabe en un renglón que "yo proibiría en Cuba las *vallas*, si para ello tuviese facultades"—que tal es, en globo, mi opinión—pero no resultan, á mi ver, idénticas consecuencias de las peleas más ó menos clandestinas y de las públicas, autorizadas por el Gobierno. En un pliego no sabría yo expresar lo que de estas y de aquellas pienso, y puesto que usted me tasa el papel, reduciéndolo á una cuartilla y no más, fuerza es que me concrete á "las gallináceas lides" que presididas por la Autoridad local fueron en otro tiempo objeto de ruidosas y costosas fiestas: de las cuales opino que más valdría no volver á tenerlas, porque en ellas se enveciaron muchos jóvenes y muchos padres de familia se arruinaron, y á causa de ellas quedaron en la miseria viudas y huérfanos que sin las benditas *vallas* habrían tenido buen pasar. La *valla* fué en mi concepto, fuente de inmoralidad, y afirmando que á ella debieron su desgracia no pocos de nuestros campesinos, respondo á lo que usted me pregunta.

J. G. DEL CASTILLO.

Las lidias de gallos pertenecen á un pasado brutal y sombrío. Son de la época en que se azotaba al negro para desahogar la cólera del blanco.

La Escuela y la Valla no pueden vivir en el mismo ambiente. Por eso, antes, no teníamos aquí escuelas y hoy no debemos tener vallas.

Hay pueblos que todavía encuentran diversión en hacer reñir gallos ó codornices ó grillos. Pero esos pueblos tienen la modestia de no considerarse civilizados! Son como esos individuos que tienen á mucha honra ser brutos.

RAOUL CAY.

Mi querido amigo: ¿Para qué una cuartilla? dos palabras me bastan: soy enemigo de las lidias de gallos.

ENRIQUE VILLUENDAS.

Me pregunta Vd. qué opino de las lidias de gallos?: pues, que jamás coadyuvaré á lo que tienda á deprimir el nivel moral de mi pueblo.

No me pregunte cómo pienso: cuente siempre con mi modesto voto, en pró de todo aquello que represente cultura, civilización y progreso para mi país.

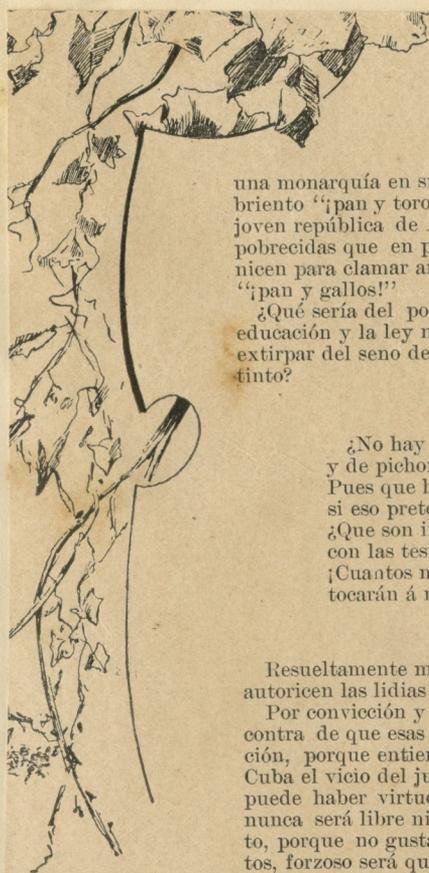
JOSÉ RODRIGUEZ ACOSTA.

Si tenemos una patria
y esta patria es libre ya,
¿por qué volver á los tiempos
de la odiosa iniquidad?.....

¡Cuba! Sirena que besan
las olas de un ancho mar,
tu manto de blanca espuma
es manto de libertad!
Convertir esa ignominia,
sombra de vicio fatal,
negación de todo cuanto
nos dió rudo batallar;
fuera con mano salvage
y con deleite infernal,
sobre los pliegues sagrados
de ese blanco manto, echar
el fango negro y hediondo
de asquerosa suciedad!

PABLO HERNANDEZ.





6

77

A pena indudablemente el ánimo del cubano pensador la amarga consideración de que cuando en los comienzos de la decadencia de una monarquía en su ocaso gritaba el pueblo hambriento "¡pan y toros!", haya en la aurora de la joven república de América masas populares empobrecidas que en pública manifestación se organicen para clamar ante los poderes nacionales por "¡pan y gallos!"

¿Qué sería del porvenir de nuestra patria si la educación y la ley no se pusieran de acuerdo para extirpar del seno de nuestro pueblo el atávico instinto?

E. B. BARNET.

—
¿No hay carreras de caballos
y de pichones hay tiro?
Pues que haya lidias de gallos
si eso pretende el guajiro.
¿Que son inmorales? ¡Vaya
con las tesis peregrinas!
¡Cuanto menos gallos haya.....
tocarán á más gallinas!

JUAN B. UBAGO.

—
Resueltamente me declaro en contra de que se autoricen las lidias de gallos.

Por convicción y por temperamento protesto en contra de que esas lidias se celebren. Por convicción, porque entiendo que hay que desterrar en Cuba el vicio del juego: donde el vicio exista, no puede haber virtud, y un pueblo sin virtudes, nunca será libre ni civilizado. Por temperamento, porque no gustando yo ni de los juegos lícitos, forzoso será que deteste los ilícitos.

El que con malos consejos, pienso, coopere de algún modo á la indigencia de un pueblo y, por tanto, á su degradación, ó que, sin darse cuenta quizá, contribuya al aumento de la inmoralidad en su misma patria, éste, de no ser un inconsciente, necesariamente tiene que ser un criminal.

EMILIO DEL JUNCO.

—
Con dolor me he preguntado:
los que abogan por la lidia
y este tumulto han armado,
¿son maestros de perfidia
que traen un gallo tapado?

N. L. CARBONELL (h).

—
No conozco esta lucha que teniendo por solución obligada la muerte de uno de los combatientes, es cruel; pero supongo que debe ser estúpida toda vez que el espectáculo consiste en observar á dos animalitos lastimosamente heridos.

Prefiero entre las lidias de gallos y las corridas de toros, estas últimas, porque son majestuosas y tienen el gran atractivo del peligro; digo prefiero, pero entendiéndose solamente en caso que se me obligara á asistir á uno de los dos espectáculos, pues, de otra manera, ni el uno ni el otro vería.

Desde el punto de vista artístico, las lidias de gallos son una mamarrachada insulsa; desde el político, una agitación populachera, y desde el social, un grave daño para los campesinos cubanos que abandonarían sus faenas por la valla. De cualquier manera un gran mal. Sin embargo, si no hubiera una Orden Militar, diría yo que deseo la limitación más completa de las funciones oficiales. Dejen esto á la voluntad de cada cual, haciendo buena la frase de Rabelais: "Haz lo que quieras." Pero habiendo ya una disposición legal, pienso que mejor será decirles á esos agitadores de nuevo cuño, bastante cómicos.—Busquen otra cosa, óptimos ciudadanos, pues esta es del género tonto.

ORESTES FERRARA.

—
Aunque no soy personalidad política ni literaria, se ha servido Vd. preguntarme en atenta esquila qué opino yo sobre las lidias de gallos. Y con la práctica que tengo de la vida, y con algún conocimiento que he adquirido de las costumbres populares rodando por campos extranjeros, debo decirle que las lidias de gallos no pueden, no deben suprimirse violentamente, pues la civilización es labor lenta de los tiempos.

Toleremos las *vallas de gallos* á cambio de que los hijos de los guajiros vayan á las *escuelas públicas*, y éstas, no lo dude Vd., matarán á aquéllas.

A. CEBRECO.

4

7

78

El día de la manifestación tuve una como alucinación dolorosa; me pareció que estaba presenciando, siglos atrás, un tumulto de la Roma cesárea y que herían mis oídos los gritos desaforados proferidos en vísperas de decadencia y ruina; pero no se pedía "pan" ¡sino la licencia de especular por medio de la crueldad más dura! y como hay una ley de correlación de los actos en la vida social, que caracterizan los diversos organismos populares, como hay una ley de correlación de las formas, que determinan el tipo de cada ser viviente, volví de mi pasajera ilusión, estremecido é inquieto, porque comprendí que lo que se pedía en medio de la calle no era otra cosa que la regresión al pasado, que la vuelta á aquellos tiempos contra los cuales se enarboló nuestra bandera y se sacrificaron tres generaciones;..... pero ah! no tuve ocasión de desesperar mucho rato entristecido, al convencerme, mirando á todos lados, que unas cuantas docenas de hombres no eran el pueblo cubano, el cual, en aquellos momentos estaba, de seguro, inclinado sobre su diaria labor, acaso soñando, sonriente y tranquilo, en la dicha del hogar y en la gloria de la patria!

MANUEL SANGUILY.

Las lidias de gallos, desde el punto de vista de la diversión que ofrecen, me son casi desconocidas, y aun he de decir que por cierta inclinación natural á respetar todo lo que tiene carácter de costumbre y de tradición, sería partidario de que se reglamentasen pero no se prohibiesen, si no fuera por puntos de vista de que no puede prescindirse en nuestro tiempo: la crueldad para con los animales, que se persigue con justicia hasta en las industrias, y la perturbación moral consiguiente al juego en proporciones desenfrenadas, que ha arruinado á tantos. Una vez prohibidas las lidias por estas razones, autorizarlas de nuevo sólo sería posible si se hubiese demostrado que carecían de fundamento los motivos que se alegaron para suprimirlas.

RAFAEL MONTORO.

No concibo que se pueda opinar otra cosa de las lidias de gallos, sino que deben ser enérgicamente prohibidas en honor á nuestro derecho de ser nación civilizada.

D. FIGAROLA - CANEDA.

Me gustan mucho las peleas de gallos.
Casi tanto como las corridas de toros.

Pero si yo fuera Gobierno no permitiría ni las unas ni las otras.

NICOLÁS RIVERO.

Respondan ellos, no yo.
Un fino: ¡ki-ki-ri-ki!
Un mixto: ¡ko-ko-ro-ko!
Los jugadores:—¡Que sí!
Una gallina:—¡Que no!

FERNANDO DE ZAYAS.

Si en el período de la guerra era muchas veces digno de admiración el guajiro patriota que ni aún entre los peligros del combate abandonaba su gallo de pelea; también es digno de observarse que en los campamentos cubanos estaban prohibidos—de un modo terminante y absoluto—todos los juegos de azar y de *interés*, por lo que tienen de inmorales y de contrarios al buen orden social.

MANUEL SECADES.

Mi opinión sobre las lidias de gallos es que deben seguir prohibidas, primero por ser crueles, y segundo por dar lugar al juego, el peor y más pernicioso de los vicios. En los toros hay crueldad, pero no se juega. En el Jai Alai se juega, pero no es cruel el espectáculo, como tampoco lo es el de las carreras. La valla es, pues, más inmoral que la Plaza de toros, el Frontón y el hipódromo. Es natural que los gallos peleen, pero no lo es que los hombres se diviertan viéndolos morir, y es muy censurable y perjudicial que conviertan en juego la cruel diversión.

LUIS A. BARALT.

Soy entusiástico amante de las lides; pero—como todas las reglas—hago dos excepciones: las lidias de gallos y las lidias de toros; á las cuales —como hombre público y como ciudadano—abomino profundamente.

JUAN ANTONIO GARMENDIA.

8

79

El Gobierno Interventor, secundando el secular clamor público de las clases cultas de la sociedad cubana, decretó la prohibición de las lidias de gallos. Constituido el Tribunal de lo Contencioso administrativo, tuve el honor de presidir como Secretario interino de Justicia, sus primeras sesiones. En una de ellas se sometió á su consideración una instancia pidiendo la reapertura de las vallas de gallos como establecimientos industriales amparados nada menos que por el Tratado de París y otras leyes. El informe del tribunal, encomendado á mi ponencia, allí debe estar: debe figurar en las primeras páginas.

El asunto está más que fallado y resuelto. El gobierno actual no debe alterar lo existente.

Es cosa juzgada que en la República de Cuba no debe restablecerse el inculto espectáculo de las lidias de gallos.

RAMÓN MEZA.

El restaurar "los gallos" por su carácter típico, en un país que ha pasado de colonia á nación, es como condenar á dormir perpétuamente en tarima á uno que acaba de salir del presidio.

JESUS CASTELLANOS.

¿Mi opinión sobre los gallos?

Es muy sencilla.

Que me gustan de todas maneras..... menos en el teatro.

ENRIQUE FONTANILLS.

Entiendo que no debemos retrogradar, y retroceso sería, en mi opinión, perder lo que ya habíamos conseguido con la supresión de las "peleas de gallos". ¡Que digan las madres y las esposas de nuestros guajiros cuántas lágrimas, cuántas privaciones les han costado á muchas de ellas los "gallos finos"!

En nuestro pueblo de carácter dulce, de tendencias nobles y generosas, sería fácil despertar el gusto, la afición por distracciones útiles, exentas de la crueldad de las lidias de gallos; (que son pretextos para juegos de azar), y más en armonía con nuestra cultura.

MANUEL L. DIAZ.

—¿Qué opino de las lidias? Mil pamplinas, pues declaro, valiente, que me gustan mucho más que los gallos, las gallinas.

FRANCISCO J. DANIEL.

El hombre que consagró los mejores treinta años de su vida á la regeneración política y social de la patria, en el terreno de la acción y de la lucha incansable contra instituciones desacreditadas por su inmoralidad, no puede ser partidario de una de las fuentes principales del vicio en que el Gobierno de España afianzó su dominación en Cuba durante cuatro siglos.

Poco me importa el desagrado que pueda llevar al ánimo de los partidarios de las lidias de gallos esta declaración mía, porque siempre me he inspirado en el verdadero patriotismo y en mis profundas convicciones, sin que me haya detenido un momento para pensar y sentir así, la idea de impopularidad, que sólo afecta á los que se llaman patriotas para satisfacer sus aspiraciones personales.

MARCOS GARCIA.

Estimado amigo: ¿Me consiente V. que aplace para dentro de algunos días mi contestación á su pregunta á propósito de las lidias de gallos? Perdóneme los criadores de estas simpáticas avecitas de pelea, y perdóneme también el Gallo de Morón al cual supongo ya bien plumado y ardiendo en deseos de entrar en combate con otro de su casta que cacaree tanto como él; pero tengo que consultar el asunto al General Vives, de quien solicitaré una audiencia para solo ello: he de ver también con idéntico objeto al capitán de un buque negrero que está á punto de llegar de las costas de Guinea al Mariel; y es un gran aficionado; y aún he de asesorarme (para que mi opinión tenga todo el peso que esta cuestión, tan grave de suyo, pide y exige) con el capitán de partido de Saramaguacan, conocido mío, y presidente nato de la valla del lugar, que entiendo muchísimo también de estas cosas. Esto último podrá demorarse un poco; porque se me ha extraviado mi cédula personal, y estoy viendo cómo saco otra pronto posible se despide de V. su paisano y amigo,

ESTEBAN BORRERO ECHEVERRIA.

Todos los pueblos necesitan de espectáculos, más ó menos fuertes, en que entren en juego la fiera ó la fuerza de los animales: toros, gallos ó caballos. Abolir toda clase de espectáculos de esta naturaleza es perseguir un ideal absolutamente irrealizable dada la condición humana. La cuestión está, pues, en escoger.

Los toros y los gallos son sangrientos; entre los dos aquéllos aventajan á éstos en que hay en ellos más arte; pero en cambio les son inferiores en cuanto que hay riesgos de personas y sacrificio del más noble de los animales: el caballo.

Las carreras de caballos ni son sangrientas, ni corren peligro las personas, ni hay muertos. Los gobiernos deben estimular esta clase de espectáculos que han llegado á ser, á la par, una diversión popular y un refinamiento de las más cultas sociedades; deben establecer hipódromos ó subvencionar los que se construyan; deben fomentar oficialmente las crias de buena raza ó conferir premios que estimulen el fomento de los particulares; deben, en suma, por todos los medios posibles, proteger las carreras de caballos, estableciendo algo así como un *arancel prohibitivo* respecto de lo que les haga competencia.

Porque si no hay caballos, tendrá que haber toros ó gallos.

Conque, dirigir las miradas al Hipódromo de BUENA VISTA: allí está el remedio.

RICARDO DOLZ.

A la amable pregunta de EL FIGARO contesto en seguida.

Opino que—al igual que *los toros*, españoles, y que el *boxeo*, americano, y que la guerra, universal—las lidias de gallos constituyen una reminiscencia de la crueldad y barbarie latentes todavía, por nuestra desventura, en la sangre aún no del todo redimida de la imperfecta especie humana.

LUIS RODRIGUEZ-ÉMBIL.

Por medio de atenta esquila me pregunta usted cuál es mi opinión sobre las lidias de gallos, y debo decirle, gustosamente, en contestación, que el pueblo cubano vino á la vida del concierto civilizado teniendo desde esos primitivos tiempos como una de sus diversiones favoritas el contemplar las lidias de gallos en sus horas de esparcimiento; y especialmente, aquellos de sus habitantes que más esplendor han dado á Cuba con su labor constante, regando la tierra con el sudor de su frente, el guajiro, mira ese espectáculo como el más grato de todos. Nada más injusto, pues, que contrariar aficiones así arraigadas en el carácter de un pueblo, aunque se invoquen razones de civilidad y de progreso, porque entonces habría que invocarlas también para las corridas de toros en España y la culta Francia y el boxeo en las adelantadas Inglaterra y Norte América. Estas fiestas allí se celebran, sin que á nadie se le ocurra tachar á esos pueblos de atrasados ó inciviles.

Yo creo que el gobierno cubano debe consentir el espectáculo, si bien regulando de algún modo las apuestas.

Impórtame hacer saber, señor Director, que no soy aficionado á esa diversión, ni concurro nunca á las *vallas* á presenciar las lidias.

JOSÉ ANTONIO BLANCO.

He presenciado una vez—una vez nada más—una lidia de gallos, y juré no volver á la valla. Y, cosa rara, no sólo he cumplido el juramento hasta ahora, sino que estoy seguro de que por muchos que sean los años de mi vida no llegaré ante el tribunal de Dios cargado con el peso—grande ó chico—de ese perjurio.

Las corridas de toros las he presenciado varias veces, muchas veces, y no he pensado en renunciar al asiento de tendido que en su patria—si llega—por clasificación me correspondía.

Pues gustándome mucho los toros no tengo empacho en declarar que me daría un alegrón la noticia de haber sido prohibida en España—mi patria—la lidia de reses bravas; y no gustándome mucho ni poco las "peleas" de gallos confieso que vería su restablecimiento, si no con regocijo, sin escándalo, y hasta sin extrañeza.

Los pueblos, como los hombres, por muy elevado que sea su nivel intelectual y moral, necesitan de un derivativo que canalice sin grave daño para la comunidad la satisfacción atenuada de los instintos bestiales que más ó menos adormecidos, pero nunca muertos, ni siquiera en letargo profundo, existen en toda multitud, lo mismo que en todo individuo; llámese la multitud pira, rebaño, tribu ó nación y llámese el individuo zorra, lobo, hiena ú hombre.

En ese sentido las corridas de toros tienen para una sociedad civilizada un defecto que no encuentro en las lidias de gallos: el exceso.



LUCIO SOLIS.

10 81

Que son un pequeño vicio, (más ó menos censurable) al lado de las grandes virtudes del pueblo cubano.

M. CORONA.

Pienso, señor Pichardo, que las lidias de gallos son perjudiciales á mi país, porque no sólo arruinan á nuestros laboriosos campesinos, sino que lo alejan de otros templos en donde se revela cultura y ciencia. Por esta razón, y por otras más, siempre votaré contra el restablecimiento de esa infame diversión. Y también diré "que no" cuando se plantee el asunto del "Jai Alai" y el de la "Secretaría de Guerra y Marina". Todas estas calamidades, á mi ver, conspiran á la destrucción de nuestra joven República que yo quiero ver libre y soberana..... sin enmienda Platt.

FRANCISCO DUQUE ESTRADA.

He sido uno de los primeros Representantes que dentro y fuera de la Cámara, he defendido la tradicional lidia de gallos, por entender que tiene un carácter esencialmente típico en nuestro ambiente cubano.

—Yo les preguntaría á los enemigos de este inocente pasatiempo: ¿hay punto posible de comparación entre esta antigua costumbre *criolla* y las bárbaras costumbres inglesas, americanas y españolas; (naciones que figuran á la cabeza de la civilización), consintiéndose, en la primera, las fieras luchas del bull-dog; en la segunda, la salvaje del boxeo, y en la tercera, las sangrientas corridas de toros?

Soy, pues, partidario decidido de la derogación de la Orden Militar, que prohíbe la celebración de las lidias de gallo en mi país.

ANTONIO MASFERRER.

—¿Qué opino yo de las lidias de gallos?—Que es una diversión muy *criolla* y muy del gusto de nuestra población rural y de una buena parte de la urbana: un sí es no es bárbara, porque en cierto modo acostumbra á los espectáculos de sangre; y un poquito inmoral, por lo que contribuye á desarrollar la pasión del juego. Un espectáculo menos *nacional* y bárbaro que las lidias de toros en España, y quizás en ésto encontraron atenuantes las autoridades españolas para tolerarlas y permitir las como popular pasatiempo; y menos brutal, repugnante y salvaje que la lucha á formidables coces y trompadas entre fornidos é imbéciles atletas, tan del entusiástico *choice* de los compatriotas del gobernante *yankee* que tuvo á bien apresurarse á dictar la Orden 165, suprimiéndolas de un tajo de su chafarote. Un espectáculo indigno de nuestra cultura, á que nuestro pueblo era cada vez menos aficionado, y en favor del cual, por la violenta supresión, reacciona el espíritu popular, elevándolo á la categoría de una aspiración.

ANTONIO POVEDA FERRER.

Suprimir violentamente una inocente diversión campesina, en tanto se hallan abiertos al vicio los garitos de la capital, me parece tan laudable como la obra del agente de la autoridad que persigue el juego de botones en los portales de una casa donde se está jugando al prohibido del monte.

ALVARO DE LA IGLESIA.

Recuerde nuestro guajiro,
para su escarmiento, cuando,
en las lidias apostando,
de la valla salía giro,
sin plumas y cacareando.

Si procediendo con juicio,
y sin salirnos de quicio,
ese mal se desterrara
como cualquier otro vicio,
otro gallo nos cantara!

M. S. PICHARDO.

Pig, nov 16/12